

DE LA COMUNIDAD REAL A LA COMUNIDAD IMAGINADA. DISCURSO Y ESCRITURA EN LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD MODERNA¹

JUAN DANIEL RAMÍREZ GARRIDO²
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Aun cuando, desde sus orígenes, la psicología cultural ha tomado en consideración el dominio histórico como complemento a los dominios filogenético y ontogenético (VYGOTSKI) para explicar el desarrollo humano, en la práctica el diálogo entre historia y psicología no ha dejado de ser otra cosa que una aspiración difícil de realizar. Había que superar importantes escollos de orden metodológico a la hora de establecer un nexo interdisciplinar entre la psicología -tradicionalmente sesgada hacia aspectos individuales del comportamiento-, y la historia -orientada casi exclusivamente a la explicación de importantes sucesos económicos, sociales y culturales-. En el momento actual, las condiciones han cambiado notablemente, en especial, desde que comenzó a desarrollarse la moderna historia cultural (P. BURKE, CHARTIER, LYONS, SEANGER, WITTMANN y otros) con quien la psicología comparte temas de interés común. Uno de estos temas es la escritura. En relación a ella el historiador de la cultura se ha visto atraído por cuestiones tales como: los diferentes tipos de escritura que han convivido en el Mediterráneo, la invención de la escritura alfabética, la invención de la imprenta y su impacto en el desarrollo occidental a través de la alfabetización, la lecturas y los lectores, etc.. Estas temáticas ampliamente desarrolladas en

¹ La realización de este artículo ha sido posible gracias al proyecto I+D, *Génesis y discurso histórico en la construcción de la identidad. Intervención social y multiculturalismo* (SEC95-o252-CO3-03)

² Dirección del autor: Juan Daniel Ramírez. Universidad de Sevilla. Facultad de Psicología. Camilo José Cela, s/n. 41018 Sevilla. Telf.: 95-4557669. Fax: 95-4551784. E-mail: jdrq@cica.es.

el marco de la historia de la cultura y la historia de la lectura (CHARTIER, ver CAVALLO y CHARTIER) son de gran interés para el psicólogo a la hora de abordar el estudio de la ecuación *mente-cultura* (LURIA, SCRIBNER & COLE, OLSON, RAMÍREZ) y, también, de la génesis de la identidad y, en especial, de la identidad moderna. Si la invención de la escritura alfabética promovió grandes cambios cognitivos en el mundo occidental, la invención de la imprenta de tipos móviles creó un nuevo público lector y sirvió de base para el desarrollo de nuevas formas de identidad (burguesía, identidad nacional, ciudadanía, etc.).

Palabras clave: Psicología cultural, teoría cultural, identidad, identidad moderna, discurso, texto, alfabetización, escritura, lectura.

ABSTRACT

Even though cultural psychology from its very origins has taken history into account as a complement to the phylogenetic and ontogenetic domains in order to explain human development, the dialogue between psychology and history has been more a wish than something real. It was necessary to overcome several methodological obstacles to establish an interdisciplinary nexus between psychology -traditionally biased towards the individual aspects of human development- and history -almost exclusively oriented to the explanation of economy, social, and cultural events. But, now, the conditions have changed, specially, from the development of the cultural history (P. BURKE, CHARTIER, LYONS, SEANGER, WITTMANN and others) which shares topics in common with the cultural psychology. Writing is one of these topics. Evolving from this, historians have been motivated by issues such as the different writing systems developed in the Mediterranean area, the invention of alphabetic writing, the invention of printing and its impact in Western development through literacy, reading and its readers, etc. (CHARTIER, ver CAVALLO y CHARTIER). These contributions are of great importance for psychologists interested in the study of the *mind-culture* equation (LURIA, SCRIBNER & COLE, OLSON, RAMÍREZ & cols.), the genesis of the identity, and, specially, of modern identity. If the invention of the alphabetic writing promoted great cognitive changes in the Western world, the invention of the mobile types press created a new reader public and also promoted several forms of identity (bourgeoisie, nationality, citizenship, etc.).

Key words: *Cultural psychology, cultural theory, identity, modern identity, discourse, text, literacy, writing, reading.*

INTRODUCCIÓN

Con la perspectiva que nos da el tiempo transcurrido desde las décadas finales del siglo pasado, puede decirse que hemos asistido a un crecimiento importante de lo que, tal vez, en el futuro se defina como un nuevo paradigma en el marco actual de las ciencias sociales al que hemos denominado psicología cultural. Si no cabe llamarle paradigma se debe a la necesidad de integrar las diferentes corrientes -las más de las veces muy distanciadas entre sí- que se atribuyen el derecho de usar este nombre. No cabe tampoco hablar de nacimiento sino, más bien, de renacimiento por el hecho de que siempre ha habido teóricos y escuelas centrados en la relación entre individuo y cultura, así emplearan el término de *psicología de los pueblos* (WUNDT), *psicología histórico-cultural* (VYGOTSKI), o se escoraran hacia la investigación comparada englobada dentro del rótulo de psicología transcultural.

Como cabe esperar de un ámbito del conocimiento que nace (o renace, según se mire) en el momento de máximo apogeo de la ciencia cognitiva, el problema de mayor importancia abordado por los teóricos culturales ha sido, sin duda alguna, la ecuación *mente-cultura*. No hay más que echar un vistazo a la extensa literatura desarrollada a lo largo de las décadas referidas para percatarse de que esta cuestión representa el tema crucial sobre el que se edifica la moderna psicología cultural (LUCARIELLO, 1995; COLE, 1996; WERTSCH, 1985, 1991, 1998; ver *Culture & Psychology*, etc). Ahora bien, sin desdeñar la importancia que ha tenido la mente, primer término de la ecuación, como objeto de estudio -para bien de todos seguirá siendo su tema más importante- creo que la psicología cultural debe distanciar su enfoque y ganar así en perspectiva tratando de percibir como totalidad la siempre compleja relación entre los individuos y la cultura. Este intento por alcanzar una mirada más descentrada podría haberse iniciado ya con los estudios más recientes en torno al problema de la identidad, ámbito de investigación que comenzó a desarrollarse en la década anterior a tenor de debates similares en otras ciencias sociales, como la sociología política o la filosofía moral, etc..

El otro problema que conviene empezar a plantear de forma más sistemática que hasta ahora es el papel de la historia en las complejas tramas que enlazan al individuo y la cultura. Ello llevaría aparejado un mayor protagonismo de la historia cultural y campos adyacentes, como el estudio de las mentalidades o los más recientes de la historia de la lectura y la escritura (CHARTIER, 1996; ver CHARTIER y CAVALLLO, 1998). Pese a que desde sus inicios en Vygotski, el dominio histórico-cultural era esencial para comprender la génesis de las funciones men-

tales superiores, a lo largo del desarrollo de la psicología cultural la relación entre ambos términos de la ecuación se ha planteado en clave estrictamente *sincrónica* presentando un cierto inmovilismo de las culturas estudiadas, algo que, por otra parte, ha sido bastante frecuente en el ámbito de la antropología. Otra manera de abordar la relación entre los términos de esta ecuación desde la *diacronía*, es decir, desde una visión centrada en el cambio y el desarrollo, ha venido de los trabajos realizados en los dos dominios metodológicos planteados por Vygotski, el *ontogenético* y el *microgenético* (WERTSCH, 1985). Sin embargo, en contadas ocasiones se ha considerado al dominio histórico, esencial para comprender a la cultura en su devenir y mucho más para explicar su relación con la mente. Todo ello, a pesar de que Vygotski, uno de los preclaros antecedentes de la moderna psicología cultural, puso a la historia en el centro de su teoría con objeto de explicar la doble transformación dialéctica a que están sometidos ambos términos.

De ahí que, como ya he propuesto en otro momento, se deba analizar el hecho cultural desde una perspectiva en la que queden involucradas la historia de las mentalidades, la filosofía de la historia o la sociología del *largo plazo*, esta última heredera de las teorías sociogenéticas de Norbert Elias (ELIAS, 1989, 1990, RAMÍREZ, en prensa). Y en tal nivel de análisis, más allá de cualquier episodio histórico por importante y hasta dramático que nos parezca, el objeto de estudio debe encontrarse entre temas tales como las mentalidades, las instituciones, las tecnologías o, como el caso que me ocupa, las tecnologías de la comunicación. Dentro de éstas últimas, deberá considerarse a la escritura como objeto de estudio en ese largo tránsito que va desde los primeros usos de la escritura alfabética (siglo VIII antes de C.) a la invención de la imprenta. A estas últimas quiero referirme por muchas razones, algunas de las cuales trataré de esbozar breve y esquemáticamente, todas ellas, en mayor o menor escala, relacionadas con la génesis de la identidad moderna. Si a juicios de filósofos, filólogos e historiadores la escritura alfabética tuvo una enorme importancia en el descubrimiento o, quizá mejor, en la invención del *logos* (HAVELOCK, 1991, 1996; LLEDÓ, 1992; ONG, 1982) y la lectura silenciosa favoreció el desarrollo de la introspección (el concepto agustiniano de *interiore hominen* es su mejor exponente -Taylor, 1989) fue la imprenta de tipos móviles la encargada de difundir la escritura con todo lo que ello vino a representar. La invención de la imprenta, las mejoras de las técnicas tipográficas y su influencia en el desarrollo de una ortografía más exigente, el desarrollo de nuevos géneros literarios y, sobre todo, la universalización de la alfabetización (GELLNER, 1988, 1994) hicieron el resto en ese arduo camino que conduce a la modernidad.

HACIA LA NUEVA IDENTIDAD

Si tuviéramos que encontrar el periodo en que nace la identidad moderna hallaríamos una gran disparidad de criterios al respecto, asistiendo a un debate que, incluso hoy, cuando ésta se encuentra en entredicho por la presión de la postmodernidad, resulta difícil de aclarar para un gran número de pensadores a favor o en contra de ella (TAYLOR, 1989; TOULMIN, 1990). Para algunos, el origen de la modernidad se sitúa entre las fechas mágicas de 1436, año en que aparece la imprenta de Gutenberg, y 1492, con el descubrimiento de América; para otros, su origen se encontraría en la reforma protestante iniciada por Lutero hacia 1520; hay quienes prefieren 1648, fecha en que finaliza la guerra de los Treinta Años, y quienes se inclinan por el periodo transcurrido entre los inicios de las revoluciones americana y francesa (1776 - 1789) (ver TOULMIN, 1990).

Pero no procede en este artículo dar continuidad a un debate que, sin duda, resultaría interminable. Sin embargo, existe un alto grado de coincidencia, especialmente entre historiadores, a propósito del papel jugado por la creación de los modernos estados nacionales. Estos hicieron posible el desarrollo del sentido de ciudadanía, generador de un sentimiento radicalmente diferente al de servidumbre que caracterizaba a la relación entre la persona y el poder —religioso o temporal— del que dependía. La identidad moderna, en cualquiera de sus versiones, ilustrada o romántica, se encuentra estrechamente relacionada con las nuevas formas de vida y organización ciudadana surgidas a partir de la creación de los estados nacionales europeos y americanos, y de las instituciones que trabajaron en el desarrollo de los mismos (leyes, lengua y cultura nacionales, educación pública, etc.). En este nuevo cuadro de relaciones políticas, económicas y culturales, el peso de la religión descendió y con ella el poder institucional de la iglesia. En su lugar una sociedad más laica y secularizada, centrada en nuevos valores derivados de la Ilustración, tendía a desarrollarse dando protagonismo a un importante colectivo que no pertenecía ni al estamento militar—feudal ni a la clerecía y que, con el tiempo, hemos dado en llamar *sociedad civil*.

Sin embargo, la génesis de la identidad moderna no puede ser sólo objeto de estudio para el filósofo, el historiador o el sociólogo, como hasta ahora ha venido sucediendo, sino que debe serlo igualmente para el psicólogo y, muy especialmente, para el psicólogo cultural al ser parte de su inquietud intelectual el modo en que la cultura se incorpora a los individuos dotándoles de identidad como miembro de un grupo o un colectivo e, incluso, como individuos mismos.

Para comprender la forma de una identidad es inevitable recurrir al papel que en ella viene a jugar el discurso en cualquiera de sus géneros y modalidades. Trataré de señalar su importancia recordando una vez más que toda cultura ha elaborado relatos acerca de su origen, ya sea en clave de mito ya en forma de historia oficial; por lo tanto hemos de conceder al discurso y, sobre todo, al discurso de rasgos narrativos un carácter constitutivo. Rosa y cols. han referido en varias ocasiones que los enunciados que configuran un discurso centrado en la recuperación de un pasado colectivo son *actos de identificación* de una comunidad que se piensa a sí misma a través de sus individuos, mediante la selección de recuerdos memorables en relación a un pasado común (ROSA, BLANCO, HUERTAS, MATEOS Y DÍAZ, 1995; ROSA, BLANCO, TRAVIESO Y HUERTAS, 2000). Como señalan estos autores: "la memoria (y la historia) colectiva está sujeta a una continua co-construcción entre los miembros del grupo que han de negociar continuamente cuáles son los hechos memorables, su significado y su futuro" (ROSA, BLANCO, TRAVIESO Y HUERTAS, 2000; p. 352).

Si esto es válido para los discurso en torno a la identidad en su conjunto, en el marco de la identidad moderna debe prestarse especial atención al papel jugado por la escritura. De ahí que en lugar de referirme a su génesis con el término empleado más frecuentemente entre los psicólogos culturales de *construcción*, prefiera emplear el de *constitución* que, como trataré de demostrar, se ajusta más al carácter discursivo propio de las nuevas formas de identidad.

Si entendemos por constitución a un documento escrito del que se dotan los diversos grupos de un mismo territorio para vivir en armonía (algunos añadirían que para definir el *Ser* de una nación) diremos entonces que, por su dependencia del discurso escrito, lo que define a la génesis de la identidad moderna sería el término de *constitución*. Desde la interiorización de las reglas y usos de la lengua nacional hasta la comprensión de textos de la propia tradición cultural en la que se vive, sean o no estos textos de carácter identitario, la génesis de la identidad moderna se asemeja a la compleja elaboración discursiva que permite la redacción de ese documento de convivencia al cual llamamos constitución.

Como se verá después, su génesis se encuentra estrechamente relacionada con el desarrollo de la escritura y, especialmente, para el ámbito occidental, con el desarrollo de la escritura alfabética, de los modos de acción y pensamiento que ayudó a promocionar y de los géneros discursivos y literarios cuya creación no fue posible sin la invención del alfabeto. La escritura, con el apoyo de su mejor medio de difusión, la imprenta de tipos móviles, en unos casos, fue responsable

directa de la puesta en marcha de ciertos procesos históricos, culturales y cognitivos, y, en otros, un factor coadyuvante de primera magnitud.

La imprenta jugó un papel importante al servicio de gramáticos y filólogos interesados en crear lenguas nacionales a partir de dialectos o, al menos, sistematizar rigurosamente las lenguas entonces existentes para evitar así su fragmentación dialectal. Más tarde, se impondría la idea de difundirlas a la diversas capas de población cuando esto fuera posible, lo que vino a suceder con la creación y posterior desarrollo de la educación pública. Sin embargo, es importante señalar que esta aspiración es anterior a la invención de la imprenta y a la invención política de los modernos estados nacionales que emergen en Europa a partir del siglo XVIII. Estados que, con el tiempo, necesitaron en mayor escala de la unidad lingüística cuando algunos de ellos inician su expansión colonial (CROWLEY, 1989). Tal unidad, además de facilitar la comunicación (especialmente la comunicación escrita) entre los nuevos territorios y sus respectivas metrópolis, hacía posible la aplicación del ordenamiento legal mediante documentos escritos. Pero, sobre todo, permitía proyectar la identidad nacional más allá de sus fronteras mediante la cohesión que representa el uso del mismo código lingüístico por parte de los ciudadanos, ya fueran habitantes del territorio nacional o emigrados a las colonias, o, como en tantos casos sucedió, cooptados entre los nativos de las etnias de los nuevos territorios sin cuya colaboración la explotación y el control de éstos sería difícil cuando no imposible.

Pero, como digo, tal aspiración no era, ni mucho menos, nueva. La cuestión de la unidad lingüística es bastante más antigua que el nacionalismo, aun cuando sea éste el que la usó mejor que otros movimientos religiosos o ideológicos como factor de cohesión social y de diferenciación, cuando no de exclusión, entre propios y extraños. El debate en torno a la creación del italiano si no como lengua nacional al menos como lengua de una comunidad extensa y de límites borrosos (en ese momento estaba lejana la idea moderna de nación) ya lo había iniciado Dante Alighieri hacia 1303, fecha en la que comienza a escribir *El convite*, y continuada hasta 1305 ó 1306, periodo de finalización de *De vulgari eloquentia*, texto en el que Dante resalta la importancia de la lengua materna o *volgare illustre* como medio que capacita a una comunidad para hablar y pensar (ALIGHIERI, 1982, P. BURKE, 1996, GRASSI, 1993). En realidad, más que un análisis de la lengua materna como tal, Dante dirige sus esfuerzos a plantear el desarrollo de un medio eficaz para cohesionar lingüísticamente a los italianos. Partiendo de los diversos dialectos, con especial incidencia en el toscano, el autor florentino intentó esbozar un medio de comunicación al servicio de los habitantes de un

territorio que podían reconocerse entre sí como toscanos, romanos, piemonteses o sicilianos, pero que difícilmente lo lograban como italianos.

Sería largo y prolijo describir el ingenioso modo de pensar y justificar su propuesta lingüística, pero deseo resaltar algo importante: aunque sus esfuerzos no tuvieron el efecto esperado (a la larga a esta lengua ecléctica conocida como *il cortegiano*, de uso exclusivo en la corte, fue sustituida por el toscano, que acabó imponiéndose en la norma escrita), Dante dejó abierta a debate *la questione della lingua*. La normalización lingüística de los estados nacionales, el equilibrio y la relación entre lenguas y etnias de los estados transnacionales (p. ej., caso del imperio Austrohúngaro), el idioma de la globalización, o la reacción del nacionalismo étnico, etc., por sólo citar algunos ejemplos, son fiel reflejo de que la cuestión lingüística sigue abierta a nuevas disputas.

El otro problema parejo a la cuestión lingüística es, sin duda, el problema de la alfabetización y los límites de su expansión. Cabe decir que ambas cuestiones se necesitan mutuamente para su resolución final.

Entre historiadores y filólogos comienza a haber una nueva sensibilidad a propósito de los diversos roles de la escritura en sucesivas etapas históricas (ver CAVALLO Y CHARTIER, 1998; GELLNER, 1988, 1994; ONG, 1982, RAMÍREZ, en prensa). Lo que llama la atención, especialmente a los historiadores, es el contraste marcado entre tradición y modernidad acerca de quiénes han de ser los usuarios de la escritura. Como Gellner ya indicó con sumo acierto, en el largo periodo histórico de la sociedad agraria sólo un grupo minoritario de esa sociedad (predominantemente la casta sacerdotal) era alfabetizada con el objeto de detentar el poder cognitivo. El carácter sagrado de la escritura se plasaba en los esfuerzos de la minoría sacerdotal por preservarla incorruptible. A tal fin había que evitar un posible exceso de divulgación de los textos sagrados, lo que se conseguía a través de dos vías complementarias: la primera, restringiendo la difusión y el uso de la alfabetización; la segunda, manteniendo estos textos en lenguas litúrgicas e impidiendo su traducción a las lenguas vernáculas.

Entre los estratos más elevados de la sociedad agraria alfabetizada —dice Gellner— resulta claramente provechoso subrayar, remarcar y acentuar los rasgos diacríticos, diferenciables y monopolizables de los grupos privilegiados. La tendencia de las lenguas litúrgicas a llegar a ser distinta de las vernáculas es muy fuerte: es como si la capacidad de leer y escribir no creara una barrera suficiente entre cultos y legos, como si hubiera de profundizarse el abismo que existe entre ellos no sólo conservando la lengua en una escritura inaccesible, sino también haciéndola incomprendible al oído. (GELLNER, 1988b *op.cit.*; p. 25)

La separación entre analfabetos y alfabetizados corría pareja a la

separación entre hablantes de lenguas vernáculas y hablantes bilingües, poseedores estos últimos de una lengua antigua, escrita y prácticamente desconocida para los primeros. Walter Ong señala dos aspectos que demuestran la conexión de la escritura con el poder en la Antigüedad. Idiomas como el Latín, el Hebreo rabínico, el Árabe clásico, el Sánscrito o el Chino clásico circunscribieron su uso en el discurso oral a círculos académicos y religiosos (en la prácticas estos círculos se confundían) con el fin de preservarlos para fines escriturales. Lo que también llamó la atención a Ong es que el uso de tales lenguas se restringió a los hombres de las élites dominantes sin que las mujeres recibieran educación escritural de ningún tipo (ONG, 1982; p. 114)

Sin embargo, un giro radical se produjo en un periodo de límites difusos que señala el tránsito a la Modernidad. A lo largo del mismo, las actitudes hacia la escritura por parte de las minorías alfabetizadas de la sociedad agraria decaen y son sustituidas por una actitud que en lenguaje de hoy consideraríamos democrática. La sociedad industrial, cuya organización, como dice Gellner, parece emular a un ejército moderno y eficiente, necesitó de la escritura en tanto que instrumento esencial para las nuevas actividades, en su mayoría, altamente racionalizadas; cabría decir también que, indirectamente, la sociedad industrial necesitaba no menos de los hábitos y la disciplina intelectual que de la interiorización que las destrezas lecto-escritoras aportan. Para su funcionamiento precisó de adiestrar al recluta en el uso de armas cognitivas como la alfabetización, el cálculo y nuevos hábitos de trabajo reservado antes a las élites, hasta el punto de que "el ideal de la alfabetización universal y el derecho a la educación forman parte notoria del panteón de valores modernos" (GELLNER, 1988b *op. cit.*; p. 45).

A estas alturas del texto, ni que decir tiene que el nexo que unía a la cuestión de la unidad lingüística anteriormente planteada con esa nueva tendencia a la universalización de la alfabetización era la imprenta. Por una parte, la imprenta favorecía la normalización ortográfica de la lengua. Como es lógico, los lectores necesitaban que todos los textos, indistintamente de sus autores y editores, se ajustaran al mismo patrón de escritura. Por otra, al hacer posible la producción masiva de texto, facilitaba la divulgación de ese mismo patrón lingüístico entre sectores más amplios de población.

UN MUNDO DE PAPEL

Para explicar el rol de la escritura en la génesis de la nueva identidad es necesario llegar a entender el proceso a través del cual la realidad fue transcrita o, por utilizar un término próximo a la teología, transubstan-

ciada, transformada en substancia textual (BURKE, 1969). Este "mundo sobre el papel", como con acierto lo llama Olson (1998), tiene una historia prolija que se remonta a la Alta Modernidad con el encuentro más o menos fortuito entre la invención de la imprenta (1436) y la Reforma iniciada por Lutero (1520). El nuevo creyente que la reforma luterana nos propone es ya un creyente alfabetizado, *religado* ahora a Dios a través de la Escritura, a la que tiene fácil acceso gracias a la moderna impresión tipográfica, y *desligado* de la autoridad papal y de la Tradición transmitida oralmente por los representantes de la iglesia bajo la autoridad del papa. No hay mucho que objetar a la afirmación ampliamente asumida por los historiadores culturales: "la Reforma fue el primer movimiento religioso que contó con la ayuda de la imprenta" (EINSESTEIN, 1985, 1994; p. 143). Poco después, los primeros científicos de la Alta Edad Moderna descubrirían en la Naturaleza ese otro libro cuyas reglas hay que desentrañar mediante una hermenéutica distinta, basada en la observación y en la experimentación, pero igualmente válida para una correcta interpretación de la obra divina (OLSON, 1991, 1998).

Como cabría esperar de un mundo que aún no había sido secularizado, las lecturas a que tenían acceso los creyentes de una Europa parcialmente reformada eran, además de la Biblia, lecturas edificantes, aun cuando dentro y fuera del mundo de la Reforma comienza a correr una literatura novelesca de la que puede dar fe nuestra extensa literatura de los siglos XVI y XVII. Soslayaré ese periodo para analizar directamente el papel de la escritura a partir del siglo XVIII en la génesis de un tipo de identidad que, de un modo u otro, es ya una identidad secularizada.

En el curso del desarrollo de nuevas formas de organización social, ideológicas y/o identitarias esforzadas en superar las heredadas de la Edad Media, la creación de los estados nacionales y el sentido de ciudadanía asociado a éstos terminaron por imponerse. En la nueva situación política creada a partir del siglo XVIII y su posterior desarrollo, la persona adquirió una nueva identidad ciudadana y nacional que convivía, no siempre armónicamente, con otras formas de identidad, como la religiosa o la gremial. Esta se concretaba en el sentimiento de pertenencia a la nación, un tipo de comunidad que iba más allá de los grupos inmediatos (la familia, la villa, la etnia, etc.). En la nueva comunidad -denominada por el historiador Benedict Anderson *comunidad imaginada*- la vida en sociedad trascendía los límites de tales grupos naturales (ANDERSON, 1983).

El desarrollo de esta forma de sociabilidad se inició a partir de diversos factores pero, sin duda, uno de ellos se encontraría en ese poderoso instrumento al que ya me he referido anteriormente: la *imprenta*. No es

de extrañar que una buena parte de la historiografía moderna, especialmente, la historia cultural, haya concedido gran importancia a este invento por su capacidad no sólo para difundir ideas sino para crear al lector, un nuevo tipo de sujeto, que, si ya existía en forma minoritaria, a partir de la imprenta aumentó en número considerable y, porqué no decirlo así, se reinventó a través de las diversas formas de lectura promocionadas directa o indirectamente por ella (P. BURKE, 1996; EISENSTEIN, 1994; HOBBSAWN, 1990; GELLNER, 1994). La producción masiva de libros, además de dar riendas a la imaginación a través de la lectura extensiva (especialmente de novelas) acercaba las viejas y las nuevas ideas a un público numeroso como ningún otro medio lo había hecho hasta entonces, ya fuera a través de las lecturas pública o privada, ya a través de la lectura en voz alta o en silencio. La mayor parte de los especialistas en el marco de la psicología cultural ven en esta última un medio que favorecía la interiorización de los temas leídos en la mente de los lectores más allá de la transmisión oral hasta entonces imperante. Pero, sobre todo, conviene ahora insistir en una nueva función de igual interés para el psicólogo: la creación de nuevas formas de identidad colectiva e individual.

Para comprender el impacto de la imprenta en la difusión de la cultura escrita nada mejor que acercarse a la historia de la lectura y conocer los acontecimientos a que asistieron algunos testigos privilegiados. El librero conservador Johann Georg Heinzmann se lamentaba así de la popularidad de la lectura de novelas a finales de siglo XVIII y sus efectos sobre el orden establecido:

"Desde que el mundo es mundo, no se han visto sucesos tan extraños en Alemania como ha sido la *lectura de novelas*, o en Francia la *revolución*. Estos dos extremos están estrechamente imbricados, y no es improbable que las novelas hayan hecho en secreto tan infelices al hombre y a las familias como públicamente la terrible Revolución Francesa" (HEINZMANN, 1795; citado por WITTMANN, 1998; pág. 437).

Así, pues, lo que este hombre de ideas conservadoras parece querer transmitir a sus contemporáneos es que "el Antiguo Régimen no recibe en Alemania el tiro de gracia de manos de los jacobinos, sino de los lectores" (WITTMANN, 1998, *op. cit.*, pág. 437). Todos los indicios recogidos por los historiadores de la lectura reflejan que desde medianos del siglo XVIII se registran profundos cambios en el comportamiento lector de la época y, tal vez lo más interesante, que estos cambios habían desbordado los límites de las clases y los grupos tradicionalmente lectores (clero, aristocracia, burguesa mercantil, etc.). Los viajeros alemanes de ese tiempo se admiraban de los muchos lectores que podían

verse por la ciudad de París. Las mujeres habían adoptado la costumbre de llevar siempre un libro en el bolso y era frecuente ver leer a niños, aprendices, lacayos, cocheros e incluso a los soldados entre los turnos de guardia. Reflejando el espíritu de la época, Wittmann llega a referirse a este problema en términos de *manía lectora* y *epidemia lectora* ateniéndose a los siguientes comentarios de un testigo de primera mano, el pastor Erfurt Johann Gottlieb Beyer:

Lectores y lectoras de libros que se levantan y se acuestan con el libro en la mano, que se sientan con él a la mesa, que no se separan de él durante las horas de trabajo, que se hacen acompañar por el mismo durante sus paseos, y que son incapaces de abandonar la lectura una vez comenzada hasta haberla concluido. Pero en cuanto ha engullido la última página de un libro buscan afanosos dónde procurarse otro; y en cuanto descubren en unos servicios, en un atril, o en cualquier otro lugar, alguna cosa que pertenezca a su especialidad, o que le parezca legible, lo cogen y lo engullen con una especie de hambre canina. *Ningún aficionado al tabaco, ninguna adicta al café, ningún amante del vino, ningún jugador depende tanto de su pipa, de su botella, de la mesa de juego o del café como estos seres ávidos de lectura dependen de sus legajos* (cit. en WITTMANN, 1998, *op. cit.*, pág. 438) *.

La manía lectora, presentada por el pastor Beyer como algo extremadamente pernicioso, se convertía en uno de los mayores enemigos de los conservadores empeñados en mantener recluido a los nuevos consumidores de libros en el marco de las lecturas *edificantes*. El poder (religioso o civil) perdía su control sobre uno número cada vez mayor de lectores proclives a nuevas ideas y a formas hasta entonces desconocidas de vivir la intimidad. Valga como ejemplo de esto último el desarrollo de la novela romántica y su consumo por parte de un público femenino que creció incesantemente entre los siglos XVIII y XIX (WITTMANN, 1998; LYONS, 1998).

Así, pues, la invención de la imprenta y, podría decirse en cierto modo, la invención del lector trajo grandes cambios a una Europa en curso de transformación con importantes repercusiones en la esfera pública. De una manera u otra, las dos formas de lectura que progresivamente se van imponiendo desde los inicios del siglo XVIII, la lectura pública (típica de cafés, salones y academias de la época) y la lectura en silencio, debieron incidir de manera importante en el desarrollo de la nueva mentalidad burguesa. A mi juicio, estas prácticas lectoras pueden ser

* El subrayado es mío.

calificadas de *modernas* no sólo porque las realizaran miembros de una nueva clase social en auge sino, también, por sus diferencias radicales con otras forma anteriores de lectura.

En la lectura pública, dominante desde el Renacimiento, encontramos a grupos de personas analfabetas que prestan atención a un relato leído en voz alta (casi siempre fábula, novela caballeresca, etc.) por un lector más o menos avezado. Como señala Einsestein, se trataría de una extraña combinación entre un nuevo modo de producción, en este caso de producción de libros, y el viejo modo de consumo textual, tradicionalmente centrado en la recepción de cuentos orales recitados o narrados en prosa por cuentistas (*storytellers*) y rapsodas. Cabe señalar que esta forma de lectura y, como no, de sociabilidad, que unía a unos pocos lectores frente a un público analfabeto o escasamente alfabetizado, desapareció en Europa muy tardíamente, sobre todo en zonas rurales (EINSESTEIN, 1994; LYONS, 1998). Ahora bien, ya no estamos exactamente ante la relación característica establecida entre el contador de cuentos y su audiencia, pues, el relato que los campesinos del siglo XIX recibían no procedía del narrador tradicional sino de un lector, un campesino como ellos, alfabetizado, encargado de leerles en voz alta. Esta forma de lectura era aún frecuente en España hasta el comienzo de la guerra civil de 1936 a través de las llamadas *novelas por entregas*. Tal procedimiento de difusión de obras literarias consistía en adquirir una novela comprando por separado cada uno de sus capítulos que llegaban al público con periodicidad regular. Era frecuente que un grupo de amigos o vecinos reuniera una pequeña cantidad para la compra de los capítulos hasta completar el relato, casi siempre de contenido melodramático. Nada que ver con una sesión de lectura pública en un club o una academia formada por personas alfabetizadas que podían cumplir alternativamente los roles de lector y de oyente. En este otro colectivo, a cuyos miembros podemos llamar con toda propiedad *modernos*, se fragua una nueva forma de sociabilidad cuyos orígenes pueden rastrearse en las academias renacentistas, expandiéndose más tarde entre la burguesía, una clase social cada vez más poderosa y en aumento. La lectura pública y el debate posterior al que daba lugar en el contexto de los cafés y los círculos académicos fueron actividades cruciales para el desarrollo de una nueva "esfera pública política" (CHARTIER, 1996; WITTMANN, 1998) que, en opinión de Chartier, presentaba una característica novedosa:

Frente a la autoridad del príncipe, las distintas formas de sociabilidad intelectual (del salón a la academia, del club al café, del estudio a la sociedad literaria) definen, en efecto, un espacio de debate y de crítica donde, libremente, sea cual fuere su condición, las personas privadas

pueden hacer uso público de su razón (CHARTIER, 1996; p. 138).

Asistimos, por tanto, a la aparición de un colectivo en condiciones de cuestionar al gobernante y de hacer oír su voz en los salones de la corte con capacidad para influir en el curso de sus decisiones.

Pero, digamos algo más de la lectura silenciosa y del lector moderno que ya puede leer para sí en la privacidad de su estudio, separado de las tensiones que crea la actividad profesional o la etiqueta cortesana. Es fácil de comprender que, aun cuando sólo sea por cortos periodos del día, dicho lector podía substraerse a la presión de los demás y abordar el texto por el texto mismo sin que ciertos agentes sociales externos revestidos de autoridad (sacerdote, príncipe y/o gobernante) se encontraran en el primer plano de su conciencia. Esto, sin embargo, no podía ocurrir en el sermón o en la arenga, en el que toda forma de réplica a la autoridad eclesiástica o a la nobleza estaría prohibida o, al menos, sancionada en diferente grado. Siguiendo a Mijail Bajtin diríase que el discurso autoritario declinaba en favor de modos más democráticos de diálogo (BAJTIN, 1986, 1987). Sin embargo, en el curso de la lectura en la más estricta intimidad, la estructura lógica de un argumento, su verosimilitud o la capacidad mimética de un relato (BRUNER, 1988, 1991) estarían bajo el foco de su conciencia en el marco de un diálogo interior. Como señala Chartier, en tales circunstancias, el texto perdería ese carácter sagrado que la lectura pública tendía a reforzar (especialmente cuando la censura impedía toda controversia), pudiendo cuestionarse la posición del autor, incluso en aquellos casos en los que texto y autor formaran parte de la cultura oficial ligada al poder. Se promovería así una nueva forma de identidad política que afirmaría "la legitimidad de la crítica frente a la potencia del príncipe y que cimentaría la comunidad cívica sobre la comunicación y la discusión de las opiniones individuales" (CHARTIER, 1996; p. iv).

DE LA COMUNIDAD REAL A LA COMUNIDAD IMAGINADA

Pero volvamos a la idea de *comunidad imaginada* para describir el desarrollo de la noción de identidad nacional, noción estrechamente ligada a la de ciudadanía, y, como ésta, dependiente también de este nuevo medio de producción escrita.

La comunidad nacional -a juicio de Anderson, más imaginada que real- es compleja de definir para los estudiosos del nacionalismo. En el pasado el concepto de nación se abordó a partir de su etimología, en la que ineludiblemente quedaba asociada a palabras como *nascere*, *nacer*, *nacimiento* etc. (VICO, 1995). Sin embargo, esta vía de análisis pronto

fue superada, pues, el concepto se tornaba ambiguo desde el momento en que nos remite tanto al *dónde* (el lugar en el que se nace) como al *quién* (quién es y/o de quién procede). Hay quienes prefieren identificar la nación con el territorio geográfico sobre el que se asienta el estado y los grupos que administra, y quienes relacionan nación y raza enfatizando así el peso del origen biológico o la *substancia biológica* que nos da el ser (BURKE, 1969); otros ha preferido enfatizar la etnia, la religión y/o la lengua (ver HOBBSAWM, 1990). Aunque en la práctica los nacionalismos más radicales se esfuerzan en encontrar el mayor contacto posible entre todos estos factores para alcanzar el máximo grado de identificación en torno a la idea de nación. Sin duda, estos dan verosimilitud a lo que Vico, siguiendo a Diodoro de Sicilia, denominó la *vanidad de las naciones*. "... las naciones, griegas o bárbaras –señala Vico en su *Ciencia Nueva*–, habían tenido esta vanidad, la de haber sido la primera de todas en hallar las comodidades de la vida humana y en conservar la memoria de sus cosas desde el principio del mundo" (Vico, 1744/1995; p. 116)

Vista las dificultades que el concepto ofrece, ¿cómo definir la nación, una comunidad que, a todas luces, es más imaginada que real? Si atendemos a una etimología más o menos precisa de la palabra *comunidad*, ésta se relacionaría con los significados de "vida en común", "comunidad" (común unión), "actuar con ...", "colaborar", "compartir", etc.. También estaría relacionada con el término *comunicación* que, siguiendo igualmente su etimología, debería definirse como "acción en común", en lugar de "transmisión de información", definición preferida por las ciencias cognitivas y de la computación.

Todo ello nos induce a pensar que una comunidad *real*, en su acepción primigenia, evocaría más bien a una villa de la Edad Media o a las actuales villas rurales de la Europa del Sur y, en general, del Mediterráneo. En estas últimas, los acontecimientos cotidianos ponen en estrecha relación a sus miembros: trabajar juntos, celebrar festividades, ceremonias religiosas, etc., en suma, compartir esfuerzos, alegrías y sufrimientos. La vida de estas pequeñas comunidades en curso de desaparición está marcada por los objetos cotidianos y seres próximos a sus miembros: El tañido de la campana llama a los fieles a la misa de la mañana, al igual que el almuédano profiere la oración desde el alminar; otro tañido recuerda que es la hora del *Angelus* y es también el sonido de la campana la forma de comunicar a sus miembros el nacimiento o el fallecimiento de uno de ellos. Las gentes de estas pequeñas villas se reconocen todas por su nombre de pila e, incluso, por su apodo que, en el caso del Sur de España, puede tener una estrecha relación con la familia de procedencia reflejado en el nombre de la madre (el Niño de la Sofía,

Paco el de la Lucia, etc.). Es aún frecuente observar que el saludo incluye casi siempre el nombre de la persona al que va dirigido ("Buenos días, Paco").

El sentido más real de *comunitas* se encontraría precisamente en este tipo de relaciones en pequeños o medianos grupos en el cual el conocimiento directo (aunque no siempre el trato) y, en muchos casos, la dependencia mutua es obligada o casi. Desde un punto de vista discursivo nos encontramos ante una cultura oral: la conversación y el contacto personal serían los elementos predominantes en ella (ONG, 1982). Estamos ante lo que Walter Ong denominó *oralidad primaria*, es decir, unos modos de comunicación y pensamiento libres de la influencia de la alfabetización y, por consiguiente, de las formas de comunicación y pensamiento que ésta introdujo en Occidente en diferentes momentos de su historia. La invención de la escritura alfabética y el descubrimiento del *logos* por los griegos, las religiones del libro de origen semita y la invención de la imprenta de tipos móviles, son los hitos que jalonan esa historia.

Esta forma de oralidad tiene como expresiones culturales más representativas:

- a) una moral reflejada en proverbios y otras fórmulas similares (ONG, 1982);
- b) el predominio de temas de conversación estrechamente relacionada con la vida cotidiana de los interlocutores, cuyos significados son más situacionales que abstractos (Luria, 1980; Scribner & Cole, 1981; Ramírez, 1995; Ramírez & Cubero, 1995; Ramírez, Cala, Sánchez-Medina, 1999);
- c) relaciones personales empáticas en las que los sentimientos no son tanto expresiones individuales como manifestaciones de un alma colectiva que engloba a toda la comunidad (LEVY-BRÜHL, 1985; ONG, 1982).

Tal cuadro de relaciones humanas basadas exclusivamente en la oralidad fue sin duda adaptativo para la supervivencia de la comunidad en el marco de la sociedad agraria. Sin embargo, presentaba grandes limitaciones para sobrevivir en la sociedad industrial a la que, según Gellner, le es consubstancial el estado como forma de organización política. Estas limitaciones se ponían de manifiesto, sobre todo, en aquellas villas pertenecientes a estados plurinacionales, las cuales, pese a su proximidad, podían estar simbólicamente alejadas por lenguas muy diferentes entre sí, como ocurría con frecuencia en el Imperio de los Habsburgo. En tales circunstancias era necesario que se dejara sentir al menos la necesidad de adquirir una segunda lengua con el objeto de facilitar la relación entre aldeas. La siguiente cita del historiador de comien-

zos de siglo Karl Renner es expresiva de las dificultades que un estado de estas características se veía abocado a afrontar:

En un estado multinacional debemos tener garantía de que aquellos que no ocupan puestos oficiales tengan el estímulo e incluso la obligación de aprender una segunda lengua (p. ej., comerciantes, artesanos, trabajadores). Que los paisanos estén lo menos afectados posible por algo que *de facto* les constriñe. La autosegregación y autosuficiencia de la vida aldeana que aún persiste en nuestros días se traduce en que los lugareños sean poco conscientes de la proximidad de algún asentamiento hablante de una lengua diferente. Esto es así al menos en Bohemia y Moravia, donde las gentes de ambas naciones aspiran al mismo *status* económico y social. In tales áreas la frontera lingüística puede permanecer inamovible durante siglos, especialmente, donde la endogamia aldeana, que en la práctica se refleja en la prioridad para adquirir posesiones por parte de los miembros de una comunidad, limita la incorporación de personas de fuera. Los pocos extraños que llegan son inmediatamente asimilados e incorporados (tomado de Karl Renner, 1918, en HOWSBAUM, 1990; p. 95)³.

Para un estado plurinacional superar la segregación etnolingüística a la que se refería Karl Renner era tanto como sobrevivir como estado y evitar la guerra interétnica. En tales circunstancias, sería necesario crear actitudes positivas hacia el bilingüismo, lo cual no es posible sin la alfabetización de estas poblaciones desde una escuela pública que hiciera bandera del respeto democráticos a las otras culturas y lenguas del estado.

Pero, volvamos de nuevo a la descripción de las comunidades reales. Como cabe esperar, la vida de una colectividad que hace de la oralidad su medio principal de comunicación no tiene por qué estar exclusivamente ligada a la villa aldeana. Basta con recurrir al incipiente desarrollo de las

³ In a multinational state we may take it for granted that even those who occupy no official position are under the stimulus, indeed, the obligation, to learn the second language – e.g. traders, artisans, workers. The peasants are less affected by this *de facto* constraint. For the self-segregation (...) and self-sufficiency of village life, which persist to this day, mean that they are rarely conscious of the proximity of a settlement speaking a different language, at least in Bohemia and Moravia, where the country people of both nations enjoy the same economic and social status. In such area the linguistic frontier may remain unchanged for centuries, especially since village endogamy and what is in practice the priority right to purchase (holdings) by members of the community limit the recruitment of outsiders into the village. What few strangers come in, are soon assimilated and incorporated (Karl Renner, 1918, cit. Howsbaum, 1990; p. 95).

ciudades-estados en la Baja Edad Media para comprobar que la sociedad se expandió progresivamente dando lugar a nuevas formas de interacción social. En el curso de la aparición de los burgos y las ciudades, y su posterior desarrollo a partir del Renacimiento, los estrechos lazos que caracterizaron a las relaciones sociales en la vida rural debieron debilitarse y, en su lugar, se generaron nuevas formas de relación en las que el trato directo ya no era suficiente. Aun así, los estudiosos de la cultura y la literatura popular tienden a presentar un cuadro dominado igualmente por el medio oral como la forma de vida y comunicación por excelencia (BAJTIN, 1987; P. BURKE, 1996). Como señala Mijail Bajtin:

Las plazas públicas a fines de la Edad Media y el Renacimiento constituían un mundo único e integral, en el que todas las expresiones orales (desde las interpretaciones a voz en grito a los espectáculos organizados) tenían algo en común, y estaban basados en el mismo ambiente de libertad, franqueza y familiaridad (BAJTIN, 1987; p. 139)

Sin duda la oralidad debió ser predominante en el curso de los rituales sociales de todo tipo, pero también en las relaciones mercantiles, en las que el vendedor gritaba (y aún grita) a pleno pulmón el producto a la venta, en las que el precio de los artículos no se fija de antemano sino que esta sometido al *regateo* y al *trapicheo* con su posible comprador. En su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* Max Weber presenta un cuadro de relaciones mercantiles tradicionales caracterizado por el trato "directo" entre el empresario, el proveedor y el cliente (todos conciudadanos y, en muchos casos, amigos), en las que ni siquiera faltaba la jarra de cerveza en compañía para cerrar el día (WEBER, 1987; p. 67). Nada que ver con la posterior racionalización de todas las esferas de la vida, desde la productiva a las relaciones personales, que caracterizaron a la modernidad.

Este cuadro de vida sencilla y directa, en el marco de lo que vengo llamando una comunidad real, así como las prácticas que la sustentaban, fueron transformándose bajo el peso de nuevas formas de organización social. El término *comunidad imaginada* inventado por Benedict Anderson se comprende en su oposición al ya citado de comunidad *real* (familia, villa, etnia, etc.) y demanda el desarrollo de otro concepto complementario como el de *ciudadanía*.

El concepto de ciudadano en el sentido moderno del término tiene un significado más abstracto y descontextualizado que el de miembro de una familia o de una etnia; al menos, en teoría, no es un rango al que se acceda tan fácilmente como creemos: demanda involucrarse en prácticas socializadoras bastante complejas, en desarrollar nuevas formas de sociabilidad y de discurso muy diferenciados entre sí (habla coloquial,

argots profesionales, diversidad de géneros discursivos, etc.), lo que no sería posible sin la adquisición y desarrollo de una lengua nacional aprendida a través de la escritura. A tal fin, el estado normalmente se ha valido de instituciones socializadoras o, como Gellner prefiere llamarlas, exo-socializadoras, entre las que sobresale la escuela y, muy especialmente, la escuela pública. Si bien no fue implantada desde sus comienzos, una vez creada, la escuela tendió a desarrollarse y expandirse a medida que la nación y sus estructuras administrativas se consolidaban. Institución que, como casi todas, no tiene nada o casi nada de natural desde el momento en que el niño deja de aprender directamente de sus mayores (algo que sí ocurría en el mundo tradicional). Se la podría considerar como una suerte de ecosistema creado artificialmente que se mantiene gracias a una atmósfera compuesta de diversos saberes pero, también, de ideología al servicio de esa otra institución igualmente artificial que es el propio estado.

La razón de la complejidad de las nociones de ciudadano y ciudadanía quizá se encuentre en el siguiente hecho: frente a la comunidad real, basada en el contacto directo entre sus miembros, en la comunidad imaginada el ciudadano debe asumir como algo propio a un colectivo de hombres y mujeres completamente extraño, con el que no tiene relación directa y que, en el mejor de los casos, sólo llega a conocer a través de los medios de comunicación. En el periodo de creación de los estados nacionales fue sobre todo la comunicación escrita el medio que conectaba a los ciudadanos (o a los aspirantes a serlo) del más o menos extenso territorio que cada estado administraba. Personas que podían hablar dialectos diferentes, vivir en regiones muy distanciadas entre sí, practicar religiones diversas o defender intereses contrapuestos, podían saber los unos de los otros a través del *periódico*, el producto más importante de la cultura impresa después del libro.

Al comienzo de un día cualquiera del siglo XIX, de Estocolmo a Barcelona y de Londres a Riga el burgués sabía de las catástrofes ocurridas en un punto distanciado del territorio nacional, del precio de la lana o de cualquier otro producto, o de la última crisis de gobierno. Muchas noticias no tenían relación directa con las necesidades, aspiraciones o intereses de ese buen ciudadano que, sin embargo, comenzaba a sentir como propios los acontecimientos de un lugar y unas gentes de las que se hallaba geográfica y espiritualmente separado. En un periodo en que las comunicaciones por tierra iniciaban su desarrollo los ciudadanos se encontraban unidos por vínculos culturales e ideológicos que el estado se esforzaba en promover y difundir a través de diferentes medios y, especialmente, de los medios escritos. Y, sin embargo, los

temas que el periódico y el *magazine* abordaban no constitulan para este lector una realidad tangible sino una realidad lingüísticamente creada a través de la escritura, enmarcada en el espacio semiótico de cada una de las columnas y hojas que componen el periódico.

Para su desarrollo e implantación la prensa periódica tuvo que resolver nuevos escollos no sólo de orden técnico (p. ej., las mejoras de los sistemas de impresión o el transporte del material impreso a todos los lugares del estado), sino de orden cultural y cognitivo relacionados con la cultura escrita de aquel tiempo y de su difusión a través de la educación formal. Naturalmente, el contenido de un artículo sólo era comprensible en la medida en que conectara con otros textos constituyendo una extensa y compleja trama intertextual (KRISTEVA, 1981).

Por medio de cualquier diario de la época un ciudadano londinense de la segunda mitad del siglo XIX sabría de una huelga de mineros del carbón en Gales; esta noticia sería de interés para él porque previamente dispondría de un conocimiento base sobre el que articular lo leído. Para comprender la noticia en todo su alcance tendría que saber que Gales es un área geográfica situada al Oeste de Gran Bretaña (geografía), en la cual vive gente que hablan una lengua diferente al inglés llamada galés o *gaélico* (lingüística) y que forma parte del Reino Unido desde siglos atrás (historia). Conocería también que es una región productora de carbón fundamental para el mantenimiento de la industria pesada y los transportes (economía), y que, desde el descubrimiento de los yacimientos carboníferos, el proletariado galés había modificado su forma de subsistencia y pasado a constituir una nueva clase explotada (sociología y política), etc.. Todo ello no hubiera sido posible sin el previo dominio de la escritura, de una forma de comunicación y representación adquirida a su paso por la escuela; en ella aprendió a descodificar información a través de la presentación lineal que la escritura ofrece y la capacidad de relacionar lo leído con otros textos.

El texto leído nos sitúa ante una información descentrada de la experiencia directa y cotidiana del lector, a quien podríamos definir como un conocedor radicalmente separado de su objeto de conocimiento: éste no es otro que el tema de su lectura (HAVELOCK, 1991, 1996; ONG, 1982). Por decirlo sumariamente: nuestra relación con eso que llamamos realidad ha cambiado, pues la parcela de realidad a la que el texto se refiere ya no penetra en nosotros a través de nuestros sentidos sino transformada por el medio escrito.

La escritura no fue el único instrumento al servicio de la constitución de una nueva identidad nacional y ciudadana pero, sin duda, fue uno de los más poderosos. Sus cambios no ocurrieron de la noche al día; se

debieron al resultado de un trabajo lento y pausado a lo largo de varias generaciones. La complejidad que representaba el intento de identificar a los individuos con esta nueva forma de comunidad imaginaria, en este caso, el estado nacional, se refleja perfectamente en la frase del político e intelectual del *Risorgimento* italiano Massimo d'Azeglio una vez alcanzada la unificación de Italia: *E fatta la Italia, ancora da fare gli italiani* (Italia ha sido hecha, hagamos ahora a los italianos). Para los estudiosos de la cuestión nacional sus investigaciones no comenzaron a ser objetivas hasta superar varios escollos que producían una visión deformada del problema: primero hubo de caer el mito nacionalista que pensaba a la nación como algo esencial y eterno, motor de desarrollo del nuevo estado, para comenzar a pensar que "es el estado el que hace la nación y no lo contrario" (Coronel Pilsudski, libertador de Polonia; citado por HOBBSAWM, 1990; p. 45). Más tarde se toparon con otro problema no menos importante: no bastaba con explicar esa nueva estructura de poder y control social que es el estado con sus instituciones, era necesario igualmente explicar el proceso por el cual los individuos que viven bajo su tutela llegaron a identificarse entre ellos como parte de una misma comunidad. Los nacionalistas del siglo XIX comprendieron muy pronto algo importante: no sólo debían tener en cuenta lo que ellos entendían por el *Ser* de una nación sino, también, crear las condiciones para el *Llegar-a-Ser*. Nacionalistas o no los hombres de estado necesitaron de la cultura escrita para difundir su ideario y persuadir a los futuros ciudadanos de la bonanza del mismo. La nueva identidad iniciaba su curso.

BIBLIOGRAFÍA

- Alighieri, D. (1303/1995). *El convite*. En *El convite. Monarquía. Disputa sobre el agua y la tierra*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Alighieri, D. (1982). *Del vulgari eloquentia* (traducción de Matilde Rovira y Manuel Gil) Madrid: Universidad Complutense.
- Anderson, B. (1306/1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Bajtín, M. M. (1987). *La cultura popular en la edad media y el renacimiento*. Madrid: Alianza.
- Bakhtin, M. M. (1986a). *Speech Genres & Other Late Essays*. Austin, Texas: University of Texas Press.
- Bruner, J. (1988). *Realidades mentales y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado*. Madrid: Alianza.

- Burke, K. (1969a). *A Grammar of Motives*. Berkely, CA: University of California Press.
- Burke, P. (1996). *Hablar y callar*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Cole, M. (1996). *Cultural Psychology: A Once and Future Discipline*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Crowley, T. (1989). Bakhtin and the History of Language (pp. 68-90). K. Hirschkop & D. Sheperd (Eds.). *Bakhtin and Cultural Theory*. Manchester: Manchester University Press.
- Eisenstein, E. L. (1985). On the Printing Press as an Agent of Change. En D. R. Olson, N. Torrance, and A. Hildyard (Eds.). *Literacy and Consequence of Reading and Writing* (pp. 12-33). New York: Cambridge University Press.
- Eisenstein, E.L. (1994). *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea*. Madrid: Akal.
- Elias, N. (1989). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza.
- Gellner, E. (1994). *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*. Barcelona: Península.
- Grassi, E. (1993). *La filosofía del Humanismo. Preeminencia de la palabra*. Barcelona: Anthropos.
- Havelock, E. (1996). *La musa aprende a escribir*. Barcelona: Paidós.
- Havelock, E. (1991). Oral-Literate Equation: A Formula for the Modern Mind (pp. 11-27). D. R. Olson & N. Torrance (Eds.). *Literacy and Orality*. New York: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. J. (1990). *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Kristeva, J. (1981). *Semiótica 1*. Madrid: Fundamentos.
- Levy-Bruhl, L. (1985). *El alma primitiva*. Barcelona: Península.
- Lledó, E. (1992). *El surco del tiempo*. Barcelona: Crítica.
- Lucariello, J. (1995). Mind, Culture, Person: Elements in a Cultural Psychology. *Human Development*, 38: 2-18.
- Luria, A. R. (1980). *Los procesos cognitivos. Análisis socio-histórico*. Barcelona: Fontanella.
- Lyons, M. (1998). Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros (págs. 473-517). G. Cavallo, G. y R. Chartier, eds. (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Olson, D. R. (1991). Literacy and Objectivity: The Rise of Modern Science

- (pp. 149-164). D. R. Olson & N. Torrance (Eds.). *Literacy and Orality*. New York: Cambridge University Press.
- Olson, D. R. (1998). *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Barcelona: Gedisa.
- Ong, W. (1982). *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*. London: Routledge.
- Ramírez, J. D. (1995). *Usos de la palabra y sus tecnologías. Una aproximación dialógica al estudio de la alfabetización*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ramírez, J. D. (en prensa). Sobre escritura y alfabetización. Lugares de encuentro entre psicología e historia. *Anuario de Psicología*.
- Ramírez, J. D. Y Cubero, M. (1995). Modes of Discourse - Ways for Thinking. Actual Debates in Socio-Cultural Studies. Monograph: *The Place and Role of Culture in the Social Sciences and Philosophy. Philosophica*, Vol. 55 (1), pp. 69-85.
- Ramírez, J. D., Cala, M. K., & Sanchez-Medina, J. A. (1999). Speech Genres and Rhetoric: The Development of Ways of Argumentation in a Program of Adult Literacy (pp. 51-70). M. Heedegard & J. Lompscher (Eds.). *Learning Activity and Development*. Aarhus, Denmark: Aarhus University Press.
- Ramírez, J. D., Mata, M., Cubero, M., Sanchez-Medina, J. A. y Santamaria, A. (1988). *Educación y procesos cognitivos: una aproximación sociocultural*. Monografía de Educación de Adultos, Nº 5. Sevilla: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.
- Rosa, A., Blanco, F., Huertas, J. A., Mateos, A. I. y Diaz, F. (1995). Acts of Identification and the Games of Identity. *Workshop on Cultural and National Identity: Sociocultural Approaches to Social Interaction in Multicultural Societies*. Universidad Autónoma de Madrid.
- Rosa, A., Blanco, F., Travieso, D. y Huertas, J. A. (2000). Imaginando historias de España en el tiempo de unas elecciones generales (págs. 349-384). A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhust (Eds.). *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Scribner, S. & Cole, M. (1981). *The Psychology of Literacy*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Taylor, C. (1989). *Source of the Self. The Making of Modern Identity*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Toulmin, S. (1990). *Cosmopolis. The hidden Agenda of Modernity*. Chicago: University of Chicago Press.
- Vico, G. (1744/1995). *Ciencia nueva*. Madrid: Tecnos.
- Weber, M. (1987) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.

- Wertsch, J. V. (1985). *Vygotsky. The Social Formation of Mind*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press. (Trad. esp.: Vygotsky. La formación social de la mente. Barcelona: Paidós, 1988).
- Wertsch, J. V. (1991). *Voices of the Mind. A Sociocultural Approach to Mediated Action*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Wertsch, L. V. (1998). *Mind in Action*. N.Y.: Oxford University Press.
- Wittmann, R. (1998). ¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII? (págs. 435-472). G. Cavallo, G. y R. Chartier, eds. (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.